

*oh*  *cielos*



oh cielos



# ¡Mi mujer está embarazada!

Antonio M. Asensio

grado cero [a] positivo

grádo cero [ã] positivo

© Antonio Martínez Asensio, 2006

© Grand Guignol, s. L., 2006

Ilustración de cubierta y páginas interiores: Jesús Sanz

Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

 **Grand Guignol**  
Ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid  
e-mail: [grandguignol@telefonica.net](mailto:grandguignol@telefonica.net)  
[www.grandguignolediciones.com](http://www.grandguignolediciones.com)

Depósito legal:

ISBN: 84-934428-3-6

978-84-934428-3-5

Impreso en España.

*Para Begoña, mi mujer, por supuesto.*



# Índice

## Introducción 9

El primer síntoma 12

1

## La noticia 14

La planificación 18

Cambios en la vida social 21

Las visitas 23

Los suegros 26

2

## Los tres primeros meses 31

Los nuevos gustos 32

Los vómitos 33

El ginecólogo 36

Hábitos sanos 40

Sexo y ecografías 43

El deporte 46

3

## Del cuarto al sexto mes 51

Vuelve el sexo 52

La economía y la ONG familiar 55

Pequeños ajustes 60

El sexo del bebé 63

El nombre 66

La paternidad 69

# **4** **Del sexto al noveno mes 71**

Las clases de preparación al parto **72**

Reuniones de grupo **75**

Los cambios de humor **84**

Los miedos **90**

Los últimos preparativos **94**

Llega el momento **97**

# **5** **El parto 101**

La sala de espera **102**

El ingreso **107**

El paritorio **114**

Ya está en el mundo **119**

Vuelta a la habitación **124**



# Introducción

Conducir por la autopista era aburridísimo. Sin embargo, mi mujer, embarazada de seis meses, tenía una sonrisa impresionante.

Pensé que estaría recordando algo, pero entonces vi que se estaba pellizcando la tripa, y siempre en lugares distintos.

–¿Qué te pasa? –pregunté.

–Nada. Estoy jugando con mi hijo.

Aparté unos segundos la vista de la carretera y la miré, temeroso de que estuviera sufriendo algún trastorno mental.

–Él empuja con un pie y yo intento cogérselo, entonces él lo quita y vuelve a empujar en otro lado.

Ante mis ojos abiertos como platos me devolvió la más tierna de las sonrisas, como si fuera lo más normal del mundo jugar con el hijo que llevas



*Estoy jugando con mi hijo...*

*¡Oh cielos! ¡Mi mujer está embarazada!*

dentro, y siguió a lo suyo. Entonces me di cuenta del tiempo que llevaba perdido, de todo lo que tendría que hacer para recuperarlo, para no quedarme fuera, para disfrutar de mi hijo, para aprovechar mi parcela, mi territorio.

Y es que durante el embarazo el hombre se siente más que nunca hombre objeto: un simple macho en el más puro sentido del término. Pongamos allí nuestra semillita y desde entonces todo lo que hagamos podrá estar bien o mal, ayudar o no, ser útil o no, pero nunca nos abandonará la sensación de ser el personaje secundario de la historia.

Siempre he pensado que si el hombre desaparece durante el embarazo y la mujer lo sustituye por otro hombre, será éste último el auténtico padre de la criatura porque desde que la mujer sabe que está embarazada nuestra posición es secundaria y todo lo que queramos nos lo tendremos que ganar, día a día. Si no estamos, si no participamos ni ayudamos, si no nos integramos, en el fondo, no pasará nada, porque no somos lo suficientemente importantes: el embarazo seguirá adelante, el bebé dará patadas, estés tú o no, y nacerá, estés tú o no, así que más vale que te pongas las pilas, que estés atento y que participes, que te ilusiones y te marques unos objetivos, porque si no lo haces te quedarás fuera y te encontrarás la casa llena de desconocidos que te mirarán de arriba abajo sin entender qué pintas tú en toda esta historia; y entre esos desconocidos estarán tu madre, tu mujer y tu hijo. Por lo tanto fíjate bien, desde el principio, desde la primera mañana, porque el primer síntoma es que a tu mujer le crecen los pe-

chos, y mucho. Lo más seguro es que ella no sepa aún que está embarazada, así que te apuntarás el primer tanto si lo adivinas tú antes de que se haga el test o se lo diga el médico.

## El primer síntoma

Una mañana te despiertas al lado de Pamela Anderson: así empieza todo. Este es el primer síntoma de una experiencia enriquecedora y asombrosa de la que probablemente no sabes nada, una experiencia que va a cambiar tu vida absolutamente y que te va a poner a prueba como hombre, como marido y como macho.

En mi primer embarazo me limité a disfrutar de este primer cambio físico de mi mujer, y ese fue mi primer error. En mis siguientes embarazos lo tomé enseguida como una señal y eso me ayudó a prepararme y a entregarme a fondo desde el principio. A preocuparme por ser más tierno con ella, por mirarla a los ojos con más intensidad, por besar su tripa y por ir llenándome de la emoción que supone asistir a la magia de una nueva vida. Eso implica organizar mejor mi tiempo, mi agenda y mi calendario, pero, sobre todo, supone centrar mis atenciones en lo que realmente importa.

Lo más probable es que cuando te enteres de que tu mujer está embarazada te des cuenta de que no sabes nada más. Es una sensación de ignorancia absoluta. Toda la vida has hecho caso de los tópicos, de lo que te han contado, y jamás lo has puesto en duda.

*¡Oh cielos! ¡Mi mujer está embarazada!*

Para empezar, no es tan fácil quedarse embarazada. Nos hemos educado con ese miedo a que se quedara a la mínima, con el más mínimo contacto, con una caricia, casi con un beso, y te das cuenta de que no, de que a veces, por mucho que lo intentes (nunca se intenta demasiado), no lo consigues. Y te acuerdas de tu madre, y sobre todo de su padre.

Cuando supe que mi mujer estaba embarazada por primera vez me quedé helado (creo que, de hecho, no asimilé la información hasta que mi hija tuvo cuatro años). Pero lo primero que hice fue poner al día mis conocimientos (como a la hora de hacer cualquier análisis).

Repasé mentalmente lo que sabía del embarazo. Salvo que duraba nueve meses me di cuenta de que no sabía nada más. Nada. Me lancé entonces a buscar bibliografía sobre el tema y tampoco encontré nada: bueno, encontré todo lo que tiene que hacer y saber una mujer cuando se queda embarazada, con descripciones pormenorizadas y consejos, pero lo que no encontré por ningún lado fue un libro que me hablara a mí.

Espero que este libro a ti te sirva para disfrutar el embarazo desde el primer día, desde el primer síntoma. Espero que te diviertas, con el libro y con el embarazo. Y que seas feliz.

# 1

## La noticia

Pensaba que aquel día era como los demás. Todo parecía normal. Y sin embargo no.

Según me acercaba a mi casa me estaba esperando una noticia que cambiaría mi vida para siempre. De haberlo sabido, habría hecho algo distinto. Me habría preparado. Habría mirado a mi alrededor para recordar cómo era mi vida antes. Pero no. Subí las escaleras y abrí la puerta gritando, como siempre, para ver si mi princesa estaba en casa, y efectivamente, desde el final del pasillo, con la cabeza baja y una sonrisa indefinible, entre la culpa, el miedo, la sospecha, la alegría y el escán-

dalo, ella levantó la vista y yo supe que algo había ocurrido.

En esos momentos lo mejor es mantenerse callado. No confesar hasta que no sea necesario. Ofrecer la mejor de las caras de comprensión (pase lo que pase) y avanzar hacia ella con los brazos abiertos, susurrando, si es posible, esa frase que nunca falla. Pero mi princesa me detuvo con un gesto y yo me separé un poco.

—¿No me notas nada?

Esa es una Frase Con Trampa (FCT). Hay que ser hábil y saber diferenciarla porque si te decides a contestarla te meterás en un laberinto del que siempre saldrás perdiendo. Hay muchas otras (como «¿Me queda bien?», «¿Estoy más delgada?», «¿Qué te parece mi amiga X?», «¿No te parece que mi hermana es tonta?», «¿Cómo me queda el bikini?», «Estoy cansada, ¿y tú?», «¿Te parece que finjo?», ¿Qué tal lo hacía tu novia X?»...), la lista es interminable. Lo mejor es relajarse y meditar bien las respuestas. Porque ante una pregunta como «¿No me notas nada?» se abren tal cantidad de posibilidades que si fallas puede ser tu perdición ya que cada fallo abre una crisis (y cada crisis una nueva FCT). Si contestas «¡Has ido a la peluquería!» y no es así, ella se tocará el pelo, hará un mohín, y preguntará «¿Qué pasa, que me hace falta?» (FCT). Si crees que se ha comprado un modelito nuevo o si piensas que ha adelgazado, cualquier cosa que digas hará que te enfanges cada vez más.

Y no soy machista, por supuesto. Sé que las mujeres pueden preocuparse por otras cosas que no sean los regímenes de adelgazamiento, la ropa

o los cortes de pelo. Mi mujer es una eminente egiptóloga, brillante, inteligente y triunfadora. Pero da lo mismo, las FCT siguen existiendo ya se dedique ella a sus labores o sea directora general. Si lo que contestas es «¡Te han ascendido» o «¡Has cobrado dividendos!» te metes en un problema de la misma manera...

Yo me detuve. Di un paso atrás y le respondí con cara de preocupación:

–¡No! ¡Nada! ¿Qué pasa?

–He estado en el médico, me dijo bajando un poco la vista.

En ese momento no caí en que si me fuera a dar una mala noticia no estaría allí, sola, parada en medio del recibidor, con ese vestidito que le deja las piernas al aire, ese aspecto tan deseable, esa sonrisa indefinible (cuidado con las sonrisas indefinibles), sino que estaría sentada en el sillón del salón, abrazada a su madre, mientras su padre me miraría haciéndome culpable, por alguna oscura razón, y su hermana prepararía un té en la cocina. Me asusté de verdad. Debí ponerme pálido y abrir mucho los ojos porque ella soltó su gran sonrisa, la versión completa, la de las grandes ocasiones, el montaje del director, la madre de todas las sonrisas, y me saltó encima, abrazándome muy fuerte y diciéndome que sí, como si yo hubiese adivinado algo (algo que yo todavía no sabía qué era) y sumiéndome en el caos más absoluto.

Cuando me separé debía seguir teniendo la misma cara de imbécil porque ella me dijo:

–Bueno, no pongas esa cara que no es ninguna enfermedad –lo cual me tranquilizó bastante aun-



*¡Oh cielos! ¡Mi mujer está embarazada!*

que comenzaba a hartarme ese juego de las adivinanzas—. Hijo, te has quedado blanco. Siéntate.

Nos sentamos en el sillón, ella muy cerca de mí, su brazo alrededor de mi cuello, su mirada, su sonrisa. Me preguntó:

—¿No te hace ilusión?

—Pero, mi amor, es que no sé a qué te refieres.

Ella entonces soltó una carcajada y, sin ninguna piedad, pronunció las palabras que cambiarían mi vida:

—Estoy embarazada.

Y después, el silencio.

Por un momento dejé de pensar en lo que ella necesitaría que dijera y pensé en lo que me estaba pasando, en lo que me iba a pasar a partir de entonces: iba a tener un hijo. E, incomprensiblemente, lo único que sentí fue un leve cosquilleo en el estómago, una sensación cercana a la alegría, y un tremendo bloqueo. Todo junto. Quizá por eso me dijo:

—¿Qué? ¿No vas a decir nada? Vaya cara de tonto se te ha quedado...

—Que sí, mi amor, claro. ¡Qué genial! ¿No?

Normalmente, hasta que no consigues cerrar los ojos no dejas de decir frases estúpidas. Es curioso pero lo único que se me ocurrió pensar entonces fue en cómo se iba a llamar mi hijo. Así que decidí callarme, seguir mirándola y dejar que dos gruesos lagrimones me resbalaran por las mejillas, no sé si debido a que probablemente no había cerrado los ojos desde hacía cinco minutos o a esa leve emoción que me atenazaba la garganta. Pero aquellas lágrimas me salvaron. Mi mujer se lo contó a

todo el mundo durante todo el embarazo, y aun ahora, cuando nos acordamos, ella sigue susurrándome al oído, como un secreto muy privado: «Tú lloraste aquel día».

—¿Y desde cuándo? —pregunté por fin.

No sé exactamente si esa era la pregunta que quería hacer pero mi mujer debió entenderla mal porque empezó a recordarme nuestros últimos encuentros, con opiniones peregrinas sobre el momento exacto en el que se produjo la fecundación. Yo la miraba sonriendo porque jamás pensé que se acordara tanto de algunos detalles (lo que, por otra parte, me intranquilizó bastante y me hizo ser más precavido desde entonces con ciertas cosas). Si hay algo inquietante de verdad es una mujer hablando de un hombre en la cama. Claro, nosotros también tenemos nuestras propias FCT. Pero eso es otra historia...

Siempre he creído que los que saben el día exacto que se han quedado embarazados es que lo hacen una vez al mes, así que enseguida aclaré el malentendido y le pregunté lo que quería saber en realidad, que era cuándo lo íbamos a tener. El cálculo no es tan fácil. Depende de la última regla que ha tenido.

## La planificación

Nuestra primera hija nacería en junio. Magnífica fecha. Cuando vas a tener un hijo te das cuenta de que a veces es importante la planificación familiar. Tengo un amigo que ha tenido a la mayoría de sus hijos en agosto, con 40° a la sombra y todos los

*¡Oh cielos! ¡Mi mujer está embarazada!*

amigos y familiares de vacaciones: si hacemos cálculos nos daremos cuenta de que mi amigo se pone especialmente caliente (o que es especialmente poco cuidadoso) en noviembre. Las noches frías, la lluvia, en fin. Un mes en el que lo último que te apetece es salir de ningún sitio, y menos de la cama. Es comprensible. Mi mujer se quedó embarazada de nuestra primera hija en septiembre. También es comprensible. El verano estaba acabando. Ella estaba tan morena...

Tener un hijo justo antes del verano está bien porque todavía no hace mucho calor, y para cuando llega el mes de las vacaciones ya tiene unos meses y no da tanto miedo moverle. Además ella está ya recuperada, ha pasado la cuarentena... Todo son ventajas. Cuando llega la Navidad todavía no está muy gorda, y los últimos meses transcurren en primavera, una época agradable para liberar las inmensas tripas y pasear. Yo elijo encargarlo en septiembre y tenerlo en junio.

Mi tercer hijo nació un poco antes, en mayo, y aunque hay que imponerse la tarea de procrear en agosto, cuando vuelves del chiringuito, cargado de cerveza y de chopitos, tampoco está mal.

Mi segundo hijo nació en noviembre (justo cuando mi amigo andaba fabricando a los suyos). Para eso hay que concebirlo en febrero. A veces la cuesta de enero es demasiado fuerte y en febrero no queda ni para ir al cine, ni para ir a cenar, y la televisión cansa. Tener un hijo en noviembre está bien porque cuando llega la Navidad ya tiene por lo menos un mes y así, cuando se lo pasan de mano en mano en la cena familiar y le babea con

los besos las tías de provincias y los sobrinos más pesados, por lo menos ya no es tan frágil. Además te ahorras pasar la última fase del embarazo en verano, que es lo peor. Calor, incomodidad, vacaciones de los otros hijos.

Todo esto suponiendo que tener un hijo sea el resultado de una planificación escrupulosa de fechas y de posibilidades, y que no sea fruto del azar.

En mi caso siempre me he enterado de que mi mujer estaba embarazada por sorpresa. Nuestros hijos, en vez de proceder de la planificación familiar, proceden de momentos apasionados tras épocas de abstinencia ocasional, de enfados seguidos de reconciliaciones, de viajes y de rutinas, de las posturas más insospechadas o de la del misionero (todos tenemos momentos malos), con métodos anticonceptivos o a la buena de Dios. ¡Viva la imprevisión y la sorpresa!

Para mí, que mi mujer se quede embarazada ha sido siempre una fiesta y una sorpresa. Eso sí, he de confesar que, aunque quedarse embarazada no es tan fácil como de jóvenes nos hacen creer, mi tercer hijo vino después de una noche que si me la cuenta mi hijo cuando tenga 17 años le tengo que llamar pardillo y reírme de él. Fue una de esas cosas que siempre te dicen que no tienes que hacer, una de esas normas no escritas que llevan directamente al paritorio. Aunque la regla de mi mujer estaba prevista para esa misma noche, en nuestro caso, aquella regla, corre ahora como loca por el pasillo de la casa...

## Cambios en la vida social

Desde el primer día que me enteré de que iba a ser padre empecé a ganar muchas cosas (cuando tienes un hijo no haces más que sumar, día tras día), pero también supe que perdería muchas otras.

Una de las fundamentales, una de esas que ya no se recupera más que en el asilo, es la intimidad: esa sencilla felicidad de estar solo en casa con tu mujer, las tardes tumbados en el sillón, en el silencio espeso de la hora de la siesta, con la televisión encendida, sin nada que hacer, sin que nadie te venga a ver, sin planes, sin objetivos, cuando el paso entre dormir y hacer el amor es tan leve y tan dulce que parece que definitivamente la vida te sonrío. Otra es la capacidad de salir de casa sin hacer planes, con una bolsa que contenga una muda y una camiseta, sin rumbo fijo. Otra es el espacio. Y el tiempo.

Porque de pronto te das cuenta de que, desde el primer día, la casa se empieza a llenar de gente. Gente que hace años que no ves, gente que se cree que vive allí, gente que te aconseja, que te cuenta, que te apoya, como si lo necesitaras de verdad. Sobre todo con el primer embarazo. Luego ya se convierte en algo menos festivo, menos permanente.

Con el segundo, solo aparecen los suegros y los más desocupados. Con el tercero te llaman a todas horas pero no viene nadie. Y a partir de ahí, como si fueras un apestado, ni te llaman, ni te vienen a ver ni se ocupan de ti. La vida es así. Si llegas a

tener seis, cuando llamas para dar la noticia parece que sienta mal y tiendes a excusarte.

El rito de llamar para dar la noticia fue muy parecido al de cuando anunciamos nuestra boda. No hicimos una lista, pero mi mujer (que es la auténtica maestra del teléfono apuntado en un papelito, metido en un bolsillo, perdido en un bolso, la reina de las agendas dobles y triples, de las agendas surrealistas en las que uno puede estar apuntado en una letra u otra según la inicial de su profesión, la de su apellido, su nombre, el nombre de su madre, el bar donde se conocieron, el encargo que le hizo, el amigo común o el apodo olvidado) recuperó todas las viejas agendas sin olvidar la del teléfono móvil, y empezó a llamar a todo el mundo.

No recuerdo a cuanto ascendió la cuenta del teléfono, pero sí que pasé mucho tiempo sentado delante de ella, disfrutando del espectáculo, de las versiones ligeramente distintas según con quien hablara, de la actualización de teléfonos y datos, de las citas (apuntadas por supuesto en los sitios más inverosímiles) que se fueron generando según avanzaba la tarde. Quizá fue entonces cuando me di cuenta del papel que me había tocado interpretar, sentado delante de ella, observándola, descubriendo matices en su voz, entendiendo al fin la historia, a fuerza de oírla repetida. Empecé a sentirme muy pequeño a su lado, como si todo lo que tuviera que ver con ella se fuera agrandando, tomando posición en nuestras vidas, y lo mío luchara desde entonces por buscar su espacio.

No es una crítica. No es un reproche (odio los reproches: la pareja que se reprocha cosas está

*¡Oh cielos! ¡Mi mujer está embarazada!*

condenada a desaparecer). Es solo una observación. Tal vez un aviso. Es como si de repente uno dejara de ser el protagonista de su vida y pasara a ser el personaje secundario de la vida de otro. Ese personaje que, en algún momento, desaparecerá para que la historia avance. Yo me sentí así y me alegro infinitamente de haber reaccionado a tiempo. Sabía que tendría que luchar por conservar ese puesto, y que no debía intervenir en las vidas de los demás, que mi mujer era la protagonista de su vida y, sobre todo, que mi hijo sería el protagonista de la suya.

## Las visitas

Asistí al rito de las llamadas y ni siquiera me pude preparar para lo que se nos avecinaba porque hubo gente (¡qué digo gente: una multitud!) que vino esa misma tarde a darnos (mejor dicho, a darle a mi mujer) la enhorabuena, como si fuera a dar a luz aquella misma noche. Creo que llegué a preguntar a alguno si sabía que aquello iba a durar nueve meses. La felicitaban (a ella). Me daban (a mí) palmadas en el hombro con cara cómplice, como pensando «sé lo que hicisteis el último verano». Por un momento me pudo el pánico porque creí que aquello iba a durar todo el embarazo y pensé, una vez más, que aún no estaba preparado.

Cuando conseguí esconder el mejor vino y sacar el peor paté, cuando ya se habían bebido la cerveza, comido las reservas del fin de semana y alguno se había sentado a ver la televisión (por supuesto, en mi sitio, con los pies en mi escabel y los brazos

en mi cojín favorito), en el momento en el que las confidencias empiezan a hacerte sonrojar, comenzó de repente la Fase del Mito Urbano (FMU). Ya había detectado este fenómeno cuando nos casamos, pero pensé que había sido una anécdota, un hecho aislado. Mis más lejanos conocidos, cuando se me acercaban para festejar la buena noticia del compromiso para toda la vida, me rodeaban los hombros con sus brazos y se ponían a contarme como mi tía segunda se separó después de las palizas que le daba su marido, o la historia aquella que habían leído de la pareja que acabó cortando con un serrucho la cama de matrimonio porque no se soportaban más, o aquella bella y ejemplarizante historia de mi lejano tío-abuelo que estrella-ba los vasos contra el techo cuando su mujer le llevaba la contraria. En fin, historias que no sé si intentaban hacerme desistir o simplemente comprender el horror que me esperaba, la locura que significaba el matrimonio, el inmenso error en el que iba a caer. La gente es que es super graciosa. Porque luego descubres que el matrimonio tiene sus cosas, por supuesto, pero que en general está bien. Está muy bien. Pero esa es otra historia...

Volvimos a sufrir algún ataque de FMU cuando nos disponíamos a emprender nuestra luna de miel. Si viajas en avión hay alguien que te cuenta, justo después de exclamar «¡qué ideal!, ¡qué envidia!, ¡vaya viajecito os vais a pegar!», «por cierto, ¿habéis visto qué horror el accidente de avión de la semana pasada? A mí es que me da un miedo volar... ¿Habéis pagado con Visa los billetes? Porque si os estrelláis os pagan una pasta». Si vas a ir



*¡Oh cielos! ¡Mi mujer está embarazada!*

a una zona exclusiva de submarinismo se acuerdan de los tiburones, si vas a ir a la ciudad que sea, te cuentan los robos y las violaciones, si vas a ir a la playa te hablan del tsunami, y si vas a ir a esquiar seguro que sale a relucir el Yeti.

Pues con el embarazo el fenómeno de la FMU alcanza sus cotas más altas, más refinadas, más terroríficas, más increíbles; tras los horrores siempre te dicen «pero no te preocupes hijo, que eso a ti no te va a pasar». Mi mujer seguramente se moría de risa de las historias que le estaban contando, pero yo me iba poniendo cada vez más pálido al oír palabras como embarazo extrauterino, placenta previa, parto prematuro, amniocentesis, epidural o episotomía. Todo me parecía tan real, tan posible. Tuve, aquella noche, que escuchar consejos inverosímiles y soluciones milagrosas a males indescriptibles.

Nadie viene a decirte «enhorabuena, qué maravilla, vas a alucinar, no hay nada tan bonito en el mundo». Bueno, eso a veces, lo hacen los amigos, los de verdad. Pero créeme: es una experiencia maravillosa que, sobre todo, hay que disfrutar, como se disfrutaban las cosas buenas de la vida, las grandes emociones, los grandes retos, sin miedo, con respeto, y con ese ánimo que hace que al final, cuando la adrenalina ha conseguido bajar, cuando nos quitamos el casco y miramos hacia atrás, queramos volver a empezar.

Y al final (aunque parezca mentira) se termina yendo todo el mundo. Además en un sentido literal, porque la mayoría de los que se bebieron tu cerveza el día de la noticia, volverán a hacerlo el

día del nacimiento (ese día en el que te sobra todo el mundo, y que lo único que quieres es disfrutar con tu hijo y tu mujer de un poco de paz) pero no volverán a aparecer durante los nueve meses, ni en los momentos en los que se te hace más duro, ni en los momentos en los que necesitas apoyo. Pero espera a comprar unas cervezas y sentarte con tu hijo en brazos a ver la televisión para enseñarle quién es Zidane y quién Ronaldinho, y verás como suena el timbre y oyes esa voz...

## Los suegros

Ese primer día, cuando volví de la cocina después de haber metido en el lavaplatos todos los vasos (hasta los de plástico), y creía que solo iba a quedar en el salón mi angelical y embarazada esposa, oí una voces conocidas. Miré el reloj y pensé que siendo tan tarde o estaban poniendo una película de terror o es que mi suegros se habían quedado. Mi suegra, de la mano de su hija, estaba sentada en el tresillo y me miró como si yo hubiese hecho algo malo. Mi suegro, en cambio, sentado en mi sillón de orejas, me sonreía como si al final hubiera hecho algo bueno. Mi mujer, la pobre, entre los dos, me miraba con cara de póquer.

En ese momento descubrí la capacidad de organización de mi suegra (la de mando ya la había descubierto antes) y la capacidad de asentimiento de mi suegro (a todo le decía que sí). Mi suegra nos organizó todo el embarazo, hasta el parto. Ropa, salidas, cambio de muebles, olores, tabaco y comidas, viajes: todo. El único tema que no tocó

*¡Oh cielos! ¡Mi mujer está embarazada!*



*...creía que solo iba a quedar en el salón mi  
angelical y embarazada esposa...*

fue el del sexo y no sé por qué. Creo que quería hacer un aparte conmigo para hablar de ello. Pero me hice el tonto... Por un momento pensé que se iba a mudar y se iba a venir a vivir con nosotros, con esa mirada que llega hasta detrás de las puertas, imaginando donde colgaría su bata y qué flores colocaría dónde, colonizando de nuevo la vida de su hija.

El caso es que la presencia de la suegra es útil a veces porque, sobre todo con el primer hijo, hay muchas cosas que no sabes y ella va guiándote (en su infinita sabiduría) con la indulgencia de tu mujer, cosa que no ocurre con la madre de uno, su suegra. Normalmente lo que dice la suegra de tu mujer (tu madre, ¿recuerdas?) no será tomado en absoluto en consideración, mientras que lo que diga la querida mamá (de ella), irá a misa.

Al final, lo que cuenta es que terminarás haciéndote colega de tu suegro a fuerza de verle en el sillón, mirando la televisión, sentado en tu sitio y utilizando al revés tus cojines (el de los pies en la cabeza y el de la cabeza en los pies) de forma que jamás podrás volver a utilizarlos sin cierta repugnancia, mientras que las madres se irán instalando en tu vida como en una segunda maternidad o una reconquista, dando órdenes y cambiando las cosas de sitio, preparando la llegada de su nieto.

Pocos días después llegarán las cajas con olor a naftalina y las lágrimas. Se irán desempaquetando los viejos vestiditos, la ropa de cuna (como lo oyes: la cuna también tiene ropa...), las medallas con historia y el particular orden que todo eso tiene. La ropa, faldones, camisetas y demás abalorios se

*¡Oh cielos! ¡Mi mujer está embarazada!*

lavan de una forma particular, se ponen de una forma determinada y se guardan (durante nueve meses o más) de una manera precisa.

Sacarlo todo de las cajas es un rito. Yo estuve a punto de poner música y sacar la cámara de video para hacer una película cómica tipo Chaplin, pero mi suegra me miró de esa forma tan particular que hace que te quedes calladito, pero participando en la ceremonia e intentando emocionarte un poco (por tu bien).

Casi no ha pasado una semana pero tu vida ha cambiado radicalmente. Y sin embargo, cuando miras a tu mujer, cuando cierras la puerta de la habitación y la ves desnudarse, parece que nada ha cambiado, que todo es una broma y que lo único que ha ocurrido es que se ha puesto implantes en las tetas.

Quizá ese sea el primer momento en el que puedes pararte un poco a pensar: cuando ha acabado el primer día, cuando todavía queda todo por pasar, cuando te han dejado al fin solo un momento contigo mismo. Aquella noche, cuando ella apagó la luz, ni siquiera hice el gesto de abrazarla, ni siquiera me volví, ni tanteé la posibilidad de algo de sexo, de algo de amor, solo levanté los brazos por encima de mi cabeza y dejé que mi mente volara en la oscuridad en busca de mis verdaderos sentimientos. Nadie, ni siquiera mi madre, me había dado la enhorabuena. Nadie había mirado mi tripa ni ninguna otra parte de mi cuerpo, consciente del milagro que iba a experimentar, nadie me había abrazado con ternura. Pero no me sentí mal o solo. Parece que la naturaleza es definitiva-

mente sabia (a pesar de los mosquitos) y mientras que en el vientre de la madre va haciendo que las células se multipliquen a toda velocidad y vayan formando unas manos, unos pies, un corazón y un sexo diminutos, en la cabeza del padre se va produciendo un fenómeno que hace que algunas neuronas vayan madurando (hecho que no se producía desde los trece años, según la leyenda negra), y se vaya preparando para pasar a un segundo lugar, lejos de cualquier sentimiento de soledad.

Puede que la noche anterior hubiera interpretado cualquier gesto de mi mujer como una señal para pasar al ataque, o que estuviera repasando mentalmente la verdadera necesidad de que Raúl juegue en la selección española, o dudando entre el reinado del Chelsea o del Barça, o puede incluso que estuviera haciendo cuentas para ver si alcanzaría para un Volkswagen Touareg, o que estuviera pensando tranquilamente en Paz Vega; pero aquella noche, cuando mi vida había cambiado ya, estaba tumbado con los brazos hacia atrás, agarrando la almohada, y los ojos abiertos, tensos en la oscuridad, tratando de imaginar la cara de mi hijo.

Mientras los ojos se me iban cerrando apareció la imagen de un bebé con la cara de mi padre, un niño horroroso, que, mientras me iba quedando dormido, era tomado en brazos por Paz Vega, que conducía un Touareg...